928
A
PQ4683
.A3
R48

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO

Imp. de Ricardo Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316.

RECUERDOS DE LA INFANCIA Y DE LA ESCUELA

LOS PRIMEROS AÑOS

La huella más remota que encuentro en mí de la conciencia, es el recuerdo de un día que estuve jugando en un montón de arena con un hermanito mío, dos años mayor que yo, que murió cuando yo tenía cuatro, sin dejar en mi espíritu ni una vaga reminiscencia de su rostro. Cómo pudo quedarme grabada su imagen en aquel momento, y ni siquiera la sombra de un recuerdo de todo lo que en mi casa ocurrió con su muerte, que debiera haberme dejado una impresión profunda, es uno de tantos misterios de la memoria, que en vano intenta penetrar nuestro pensamiento. Y no es menos misteriosa para mí la certidumbre absoluta que tuve siempre de que aquella sombra con quien jugaba

aquel día era mi hermano, por más que no tenga razón alguna de mi certeza.

Á mi me parece que en aquel instante comienza mi existencia.

Mas después, vuelven de nuevo las tinieblas, y ya no encuentro otra vez la luz de un recuerdo sino pasado mucho tiempo: cuando, bajando la escalera de casa, me puse á contar por los dedos los años que tenía, que eran cinco, y á pensar que podría muy bien llamarme grande cuando, para contar mi edad, tuviera que servirme también de la otra mano. Desde entonces los hechos que recuerdo, aunque separados entre sí por muchos espacios oscuros, cual las hogueras nocturnas de los pastores en los montes, están claros en mi memoria como los de los períodos más recientes de mi vida.

***

Mi padre, genovés, era tesorero real de rentas estancadas—sal y tabaco—en una pequeña ciudad del Piamonte, que por su situación y por sus alrededores es una de las más hermosas de Italia. Asentada en el último límite de grande altiplanicie que, avanzando en punta, domina la confluencia

de un río y de un torrente, los cuales la ciñen estrechándola; y más allá, en la opuesta ribera, se extiende, ascendiendo en anfiteatro, una floridísima campiña, cubierta de bosques y de viñedos, coronada por los inmediatos Alpes.

Todos los recuerdos de la infancia se dibujan en mi mente sobre el verde vivo de aquella campiña, sobre el azul claro de aquellas aguas, sobre la nieve luminosa de aquellas altas montañas.

Habitábamos en cierta casa espaciosa, que miraba por una parte sobre el río, y tenía en planta baja la oficina y los almacenes, y delante, un jardín, un huerto, dos grandes emparrados y un amplísimo corral, el cual, dos veces por semana, se llenaba de carros de los estanqueros, que bajaban para hacer provisiones desde las aldeas más lejanas de la circunscripción. En tales días, había un movimiento, un tráfico, un rumor como el de los mercados; en el cual me sumergía yo con gran placer, corriendo de aquí para allá por entre las bestias y la gente, subiéndome en los sacos y sobre los cajones, excitado y lleno de curiosidad, y aun algo orgulloso al pensar que todo aquel movimiento tenía su punto

de arranque en mi padre, que me parecía un personaje más poderoso que un ministro.

Las impresiones, sin embargo, más hermosas y más intensas de aquellos primeros años, fueron las que me produjo la Naturaleza; tan hermosas, que, al volver á pensar en aquellos días, paréceme que no han existido en el mundo esplendores del sol tan fulgurantes, rayos de luna tan límpidos, primaveras tan frescas y tan fragantes; tan intensas, que aun la impresión que ahora me producen la aurora, la puesta de sol, la lluvia, la nieve, el olor de la tierra y el perfume de las rosas y de las violetas, se deriva en gran parte del recuerdo de las sensaciones que todas aquellas cosas despertaban en mí en aquel tiempo.

Por el lugar y por las circunstancias en que transcurrió mi infancia, no podría haber sido más afortunado. Siempre ha sido para mí un dulcísimo consuelo el pensamiento de haber crecido en presencia de aquella vasta belleza alpina, en aquella casa grande y sonora, inundada de luz y sacudida por los vientos, entre el verde de aquel jardín, que me parecía inmenso, en medio de aquella confusion de entradas y salidas, de trabajo y de gritos, que ponía

en constante movimiento mi imaginación y mis piernas, y me hacía vivir una vida intensa y variada, entre ciudadana y campestre, un poco como de hijo de señor, y otro poco como de muchacho de oficina, libre y vigorosa como el aire purísimo que respiraba.

*
* *

Un vivo recuerdo de aquellos años, que todavía me hace sonreir, es la condición singular en que me encontraba ante mi madre y mi padre con respecto al lenguaje. Trasplantado cuando aún no tenía dos años desde Oneglia, donde había nacido y comenzaba á balbucear el genovés, á una ciudad en la cual se hablaba un dialecto muy diferente, me olvidé de aquél por completo, y aprendí éste de las personas de servicio y de mis nuevos conciudadanos de la misma edad, antes de que mis padres empezaran á pensar en ello; porque á los niños, el lenguaje que oyen á los compañeros de juego y á los inferiores obsequiosos se les pega más rápidamente que el que oyen en casa. Por esto, durante bastante tiempo mi madre y yo no nos entendíamos ó nos entendíamos poco, origi-

nándose de aquí escenas cómicas que hacían reir á todos los presentes, cuando ella me regañaba en genovés y yo me justificaba y protestaba en piamontés, y la disputa se enredaba, siendo verdadero chino para cada parte la argumentación de la otra: tanto, que muchas veces para terminarla, era preciso llamar como intérprete á uno de mis hermanos.

Y así, á la mesa, dos veces por día, siendo yo el único que hablaba el nuevo dialecto sin comprender el otro, representé por bastante tiempo el papel de un intruso, como si fuera un niño abandonado que hubieran recogido mis padres en la nueva ciudad, fastidiado al tener que pedir muchas cosas y obligado á guardar silencio muchas veces: como aquellos viajeros que se encuentran solitarios en la mesa redonda de una fonda, rodeados de comensales de otra nación. Sólo al cabo de algunos años comencé á hablar mi dialecto de origen, que ahora poseo lo mismo que el otro; pero la planta había tomado ya el color de la savia piamontesa; y he sido siempre el más piamontés de toda la familia, si bien pasada la primera juventud, naciera en mí y fuese creciendo con los años, por la virtud cada vez mayor de

los recuerdos de familia, un dulce y profundo afecto hacia la región donde nací.

*
* *

Entre los recuerdos infantiles ocupa lugar preferente, al lado del de mi madre, el recuerdo de una vieja criada: uno de los corazones más buenos y más dulces que he conocido en el mundo. Me parece estar viendo con toda lucidez su cara sonriente, verdadero espejo del alma, y siento todavía su voz amorosa y trémula, que todos decíamos en casa que se parecía á la voz de un alma del purgatorio.

Se llamaba Magdalena. Era como una segunda madre para mí; ocultaba mis travesuras, se regocijaba como una niña con mis alegrías, se angustiaba por cualquier rasguño que yo me hiciera, como si se tratase de una gran desgracia, prodigándome santos consejos de la mañana á la noche. Yo la quería como á una madre; me pasaba horas enteras agarrado á sus faldas, para que me contase cien veces las mismas historietas, que me parecían portentos de fantasía; y todas las noches había de dormirme al sonsonete de su canto lamentoso,

que se asemejaba á las canturías de los árabes. Puedo decir que toda mi vida la he guardado gratitud, y puedo jurar que si hay más allá otro mundo donde volvamos á ver á las personas queridas, será ella una de las primeras que buscaré entre la blanca multitud, y de aquellas hacia las cuales volaré con un movimiento de alas más vigoroso.

¡Extraños juegos de la memoria! Por que ella me llevó una tarde con otros muchachos á jugar, echándonos á rodar por una cuesta hacia el río, donde había muchísimas moscas luminosas, su imagen se me presenta casi siempre coronada de puntos brillantes, como la Virgen, de estrellas; y porque ella fué la que me enseñó á trenzar coronas con amapolas y acianos, que nacen entre el trigo, todavía hoy entreveo su rostro siempre que se me presentan juntos en la naturaleza ó en una pintura, los dos colores rojo y azul. Y tan en el fondo del corazón me ha quedado impresa aquella buena mujer, que aún al presente, cuando sueño con algún gran dolor mío, suelo verla, con la rueca metida en el cinturón del delantal, que me mira con ansioso semblante, como hacía al levantarme de una caída,

y oigo su voz dulce que me dice palabras confusas de compasión y de consuelo. ¡Ah! ¡Si volviera á verla viva, cuando me despierto de aquellos sueños, con cuánto placer abandonaría mi cabeza blanca entre sus brazos, con qué dulzura lloraría sobre el regazo de mi vieja Magdalena!

* * *

Ella fué, por ignorancia nada más, y por el afán de divertirme, quien hizo de mí una de las víctimas del terror á los fantasmas, más digna de lástima que jamás ha habido en el mundo. Con un solo cuento, que ella me contó inadvertidamente, hilando, —me acuerdo muy bien—y echando de vez en cuando una ojeada al puchero, donde se cocía la menestra para la cena, bastó. Era la historia de la muerte, de la que habiendo hecho mofa un muchacho, le anuncia que vendrá á llevárselo por la noche, de la cama; y el muchacho, siente primero por la calle sus pasos, luego en la puerta del cuarto, y luego dentro; y por fin la Muerte se lo lleva. Esta historia me produjo verdadera enfermedad de miedo. De imaginación viva como yo era, oía desde la cama real-

mente el paso de la Muerte, y sentía escalofríos, sudaba, temblaba hasta rechinar los dientes, y más de una vez salté de la cama y fuí corriendo al cuarto de mi madre pidiendo auxilio.

De aquel terror se originaron en mí otros mil. Por mucho tiempo me aterró la soledad aun en pleno día; temblaba ante la vista inesperada de una sábana extendida, que me parecía el manto del espectro; tuve miedo de un viejo escuálido que desde una ventana del hospital de incurables, que había frente á mi casa, me miraba con insistencia cuando jugaba en el corral; y creo que habría enfermado de veras si no hubiese sido de fibra muy robusta. Es aún tan fuerte en mí el recuerdo de aquellos tormentos, que cuando en una casa ó en un jardín público veo una niñera en actitud de contar una fábula á los niños, siento inquietud y vehementes deseos de acercarme para estar seguro de que no les cuenta nada terrible, y rogarle que no lo haga si es así. ¡Pobre Magdalena! Ella se quedó más espantada que yo de los efectos de su imprudencia, é hizo inexorablemente punto final en sus cuentos; lo cual le aligeró en mucho los trabajos del servicio,

porque mi insaciable curiosidad ponía en tortura su pobre cerebro, que no era el de Dumas, padre, si bien yo le concedía un uso amplísimo de la repetición.—¡Nunca! ¡Jamás!—respondía ella siempre á mis ruegos.—¡Que Nuestro Señor me perdone, pobre de mi cabeza huera!

*
* *

Mis primeros amigos fueron los hijos de uno de los mozos de la oficina, que vivía en una casita al lado de la puerta grande del corral, y que hacía á la vez de portero. Formaban una tribu de desarrapados, que iban en escala, como los tubos de los órganos, desde un año hasta doce; y cada año salía uno nuevo de la casita. Conmigo, hijo del dueño, guardaban siempre un cierto aire obsequioso de criadillos, del cual propendía yo á abusar un poco. Pero, en este punto, lo mismo mi padre que mi madre eran severos, no me dejaban pasar nada, y es una de las cosas de que les estoy más agradecido. En toda ocasión humillaban mi orgullo señoril, inculcándome el sentimiento de igualdad y el respeto á la pobreza. En todas las cuestiones que surgieran entre los